



Contrapuntos

Charlas TED

Internet

Hay preguntas que rara vez nos formulamos y, cuando lo hacemos, es porque tenemos una respuesta confortable asegurada. No actuamos así por algún tipo de torpeza intelectual o por cierta particular negativa a considerar determinados problemas: simplemente, no se nos viene a la mente hacerlo de otra forma. Tal vez porque hemos naturalizado de tal modo y con tanta profundidad algunos aspectos sustanciales de nuestra cosmovisión que ciertas cuestiones nos parecen tan obvias y evidentes como la salida del sol o el brillo titilante de las estrellas en una noche despejada. En su obra *La locura del solucionismo tecnológico* (2016), Evgeny Morozov suele enunciar una serie de preguntas delineadas bajo este marco. De hecho, es con esta clase de interrogante que comienza su crítica a lo que llama el “falso didactismo de ‘internet’”:

¿“Internet” tiene un mensaje que impartir a la humanidad? ¿Contiene importantes lecciones que todos debemos escuchar y quizás incorporar a nuestras instituciones? ¿Nos ayuda a redescubrir verdades sobre la naturaleza humana que hemos olvidado hace años?

Cada vez más personas dan una respuesta afirmativa a esas preguntas, no solo los intelectuales en la torre de marfil, sino también los soldados rasos de la guerra de internet, personas que se unen a Anonymous y votan diputados de los partidos piratas. Esta propensión a creer que “internet” es una fuente de sabiduría y asesoramiento sobre políticas es lo que transforma un conjunto de cables y enrutadores de red poco interesantes en una ideología seductora y apasionante, quizá la superideología de nuestros días.

Tal vez el ejemplo más nítido de esa ideología lo haya dado el escritor especializado en ciencia y tecnología Steven Johnson en su libro *Futuro perfecto*. Para él, “internet” es mucho más que una manera económica de enviar mensajes de Skype o agregar desopilantes leyendas sin gracia en fotos de gatos. Es, más bien, un modelo intelectual que muestra cómo debería organizarse la sociedad; no es “la solución al problema, sino una forma de enfrentarse al problema”. Así, escribe Johnson, “uno podría utilizar internet para mejorar de forma directa la vida de los demás, pero también puede extraer alguna enseñanza de la organización de internet, y aplicarla para mejorar la gestión municipal o el sistema educativo”. Por eso no sorprende que, en términos de su relevancia política, el autor considere que los desarrollos más importantes en la historia de internet son compatibles, por ejemplo, con la Revolución Francesa o la caída del Muro de Berlín. Por lo tanto, la creación de ARPANET y TCP/IP [...] también deberían verse como hitos en la historia de la filosofía política”. [...]

¿Por qué? Bueno, Johnson cree que sitios como Wikipedia y Kickstarter, una conocida plataforma de financiamiento para aspirantes a artistas y *geeks*, funcionan porque incorporan el espíritu descentralizador de “internet”, el mismo espíritu que habita en sus redes físicas y las regula. Y, por supuesto, en el espíritu de la victoria: todo lo que “internet” toca, de inmediato se vuelve mejor, más inteligente y más bonito. Johnson escribe: “Cada vez somos más los que, sin prisa pero sin pausa, como ha sucedido con la creación de internet, vamos llegando a la conclusión de que los principios básicos del diseño de la red pueden aplicarse a la solución de otros problemas, los problemas a los que se enfrentan los barrios, los artistas, las compañías farmacéuticas, las familias o los colegios”.

¿Qué significa esto en la práctica? [...]

...podemos considerar el caso de Wikipedia, que es el modelo favorito de los solucionistas para reconstruir el mundo [...]. El problema de tomar a Wikipedia como modelo es que nadie sabe cómo funciona en verdad, ni siquiera su fundador, Jimmy Wales.

Es por lo menos arrogante suponer que podemos extraer de ella lecciones que cambiarán nuestra vida y aplicarlas luego en ámbitos muy distintos entre sí. Pero lo peor es que, a su vez, hay muchos mitos sobre Wikipedia; puede que así terminemos adoptando soluciones inspiradas en ella, pero que no son fiel reflejo de su espíritu. [...]

La mejor explicación sobre Wikipedia es la que les gusta dar a sus propios expertos: Wikipedia funciona en la práctica, pero no en la teoría. Es una gran frase; además de ser graciosa, también muestra que no tenemos teorías adecuadas para comprender la Wikipedia. [...] Teniendo en cuenta lo poco que sabemos sobre ella, es de una peligrosa inocencia esperar que por arte de magia podamos “sacar una Wikipedia de la manga” cada vez que tengamos una papa caliente en las manos. (pp. 45-46)

TED

Los interrogantes y las consideraciones propuestas por Morozov nos conducen de forma directa al tema particular que aquí nos interesa y que se refiere a las charlas TED. Vistas, no pocas veces, como el *sancta sanctorum* del conocimiento entretenido, la novedad y la reflexión. Se las suele contraponer, por su supuesto dinamismo, diversidad y originalidad, a lo que ocurre en las escuelas. Las clases, como contracara, estarían marcadas por el tedio, la repetición y la falta de originalidad. Así, la enseñanza debería remitirse a las charlas TED como modelo, o las clases podrían estructurarse alrededor de la proyección de alguna de ellas. Sin embargo, tal como nuestro autor nos advierte, debemos repensar el significado de este tipo de programas. Según Evgeny Morozov (2016), las TED son una “especie de Woodstock de la decadencia intelectual”¹. Para comprender el significado de esta afirmación debemos considerar, al menos, los fundamentos de las ideas de otros dos autores cuyas obras fueron publicadas antes del desarrollo de Internet.

¹ En septiembre de 2009, años antes de la publicación de su libro, Morozov participó de una charla TED. Está disponible en:
https://www.ted.com/talks/evgeny_morozov_is_the_internet_what_orwell_feared#t-694117

El primero de ellos, Neil Postman, advirtió con perspicaz lucidez en su escrito *Divertirse hasta morir: El discurso público en la era del «show business»* (1991) ciertos riesgos que los nuevos medios de la información llevaban inscriptos en su desarrollo:

A mediados del siglo XIX se unieron dos ideas cuya convergencia proporcionó en la América del siglo XX una nueva metáfora del discurso público. Su asociación eliminó a la Era de la Disertación y sentó las bases para la Era del Mundo del Espectáculo. Una de las ideas era bastante nueva y la otra tan vieja como las pinturas de las cuevas de Altamira. Más adelante nos referiremos a la más antigua. La nueva idea era que el transporte y las comunicaciones podían separarse ya que el espacio no constituía una traba insalvable para la transmisión de información.

Los estadounidenses del siglo XIX estaban muy preocupados con el problema de «conquistar» el espacio. A mediados de este siglo, la frontera se extendía hasta el océano Pacífico y un rudimentario sistema de ferrocarril iniciado alrededor de 1830 había comenzado a transportar personas y mercancías al otro lado del continente. Pero, hasta la década de 1840, la información sólo podía ir tan deprisa como la pudiera transportar un ser humano; para ser precisos, sólo tan deprisa como el tren en el que viajara, lo cual, para ser aún más exactos, significaba unos cincuenta y seis kilómetros por hora. Ante semejante limitación, se retrasó el desarrollo del país como comunidad nacional. A mediados de 1840, Estados Unidos todavía era un conjunto de regiones, cada una de las cuales se desenvolvía a su manera, preocupándose de sus propios intereses. Aún no era posible un intercambio de todo el continente.

La solución a estos problemas, como sabían todos los niños en edad escolar, fue la electricidad. Por consiguiente, nadie se sorprendió cuando un ciudadano del país descubrió una forma práctica de poner la electricidad al servicio de la comunicación y, al hacerlo, eliminó para siempre el problema del espacio. Me refiero, por supuesto, a Samuel Finley Breese Morse, el primer «hombre del espacio» verdadero de Estados Unidos.

Su telégrafo borró los límites de los estados, las regiones experimentaron un colapso y, al envolver el continente en una red de información, creó la posibilidad de alcanzar un discurso nacional unificado.

Pero a un costo considerable. Porque el telégrafo produjo algo que Morse no anticipó cuando profetizó que dicho descubrimiento haría de «la totalidad del país un vecindario». Destruyó la definición existente de información y, al hacerlo, brindó un nuevo significado al discurso público. Entre los pocos que comprendieron esta consecuencia estaba Henry David Thoreau, que en *Walden* recalcó que «tenemos mucha prisa por construir un telégrafo magnético desde Maine a Texas; pero puede que dichas ciudades no tuvieran nada importante que comunicar... Estamos ansiosos por excavar un túnel a través del Atlántico y acercar el viejo mundo al nuevo en unas semanas; pero luego, la primera noticia que oír la gran oreja estadounidense será que la princesa Adelaida tiene tos ferina».

Según se comprobó posteriormente, Thoreau estaba en lo cierto. Comprendió que el telégrafo crearía su propia definición del discurso; que no sólo iba a permitir, sino también exigir, que se concretara una conversación entre Maine y Texas; y que requeriría que el contenido de esa conversación fuera diferente a lo que el Hombre Tipográfico estaba acostumbrado.

El telégrafo llevó a cabo un ataque a tres bandas sobre la definición tipográfica del discurso, introduciendo a gran escala la irrelevancia, la impotencia y la incoherencia. Estos demonios del discurso surgieron debido a que el telégrafo dio una forma de legitimidad a la idea de la información libre de su contexto; esto es, a la idea de que el valor de la información no necesitaba estar sujeto a ninguna función que pudiera ser útil en la acción y en la toma de decisiones sociales y políticas, sino que podía estar meramente ligado a su novedad, al interés y a la curiosidad. El telégrafo convirtió la información en un producto de consumo, una «cosa» que se podía comprar o vender sin tener en cuenta sus usos o su significado. (pp. 69-70)

El segundo trabajo corresponde al filósofo Georges Gusdorf. Se trata de un escrito realizado en la década de 1960, cuya vigencia al día de hoy es indiscutible. Tras el título *¿Para qué profesores? Por una pedagogía de la pedagogía* se despliega la siguiente reflexión sobre la función docente y el ilusorio riesgo de suponer que se lo puede reemplazar por algún artilugio tecnológico más eficaz:

Se puede, por supuesto, reemplazar al maestro por un libro, por una radio, por un electrófono, y no faltan intentos en ese sentido. En el límite, todos los niños de un país podrían recibir, cada uno en su casa, la enseñanza de un solo y único profesor, repetida indefinidamente de siglo en siglo y de generación en generación. Un solo hombre ha podido grabar en muy poco tiempo el monólogo perpetuo del reloj parlante. Puede medirse la ventaja del sistema desde el punto de vista financiero: más escuelas, más clases, más funcionarios por miles; el presupuesto de la Educación Nacional se reduciría al sueldo de un pequeño grupo de instructores cuya voz única sería distribuida cada día hasta las fronteras del país.

Es preciso creer que semejante régimen se enfrenta a oposiciones de principio verdaderamente fuertes, puesto que ningún gobierno ha tratado jamás de instaurarlo, a pesar de los enormes ahorros que permitiría realizar. Un sentido común basta aquí para derrotar a los milagros de la planificación tecnocrática. Por supuesto, el buen alumno es el que repite sin faltas todas las lecciones; y los examinadores no piden otra cosa a los candidatos de toda clase que la recitación correcta de las diversas materias inscritas en el programa. Todo ocurre, sin embargo, como si, a pesar de las apariencias, la verdadera realidad de la enseñanza estuviera en otra parte. Cualquiera percibe que si se ajusta un método de enseñanza-aprendizaje que permita a cada niño aprender sin esfuerzo, por ejemplo durante el curso de su sueño, cualquier manual escolar, ese sistema no sería la perfección de la educación, sino más bien su fracaso y su supresión. (2019, pp. 85-86)

Más allá de su aparente perspectiva anacrónica, los textos de Postman y Gusdorf portan una mirada anticipatoria sobre muchas de las cuestiones más urgentes y actuales referidas a la educación y su relación con los medios digitales. Por ello, ofrecen un excepcional marco de referencia para analizar las charlas TED y comprender la profundidad de la sentencia que da al respecto Evgeny Morozov.

Lejos del imaginario que declaman, “las TED” se sustentan en una concepción aristocrática del conocimiento y del desarrollo social, en las que se mezclan de manera caprichosa todo tipo de cuestiones: desde el origen del universo hasta la tortura en los países subdesarrollados, pasando por los consejos de autoayuda, las esperanzadoras canciones y las maravillas tecnológicas que nos esperan en el mejor de los mundos posibles. Promovidas bajo el lema *ideas worth spreading* (“ideas que vale la pena difundir”), son más que un conjunto de congresos y conferencias: son una forma de imaginar el cambio social bajo la forma de su clausura. Son, además, un sueño sobre la educación que, trastocado en pesadilla, convierte a los docentes en reproductores de sus guías didácticas destruyendo la posibilidad de que los niños y jóvenes puedan encontrar buenos maestros sostenidos en la autonomía del estudio, las reflexiones y preocupaciones sobre la compleja realidad cultural de nuestra época. Nos proponen, en consecuencia, que transitemos de manera irreflexiva por un omnipresente optimismo tecnocientífico. En su nombre se resume el sentido circense que las anima –tecnología, entretenimiento y diseño–, donde toda la legitimidad se sostiene en los actos individuales de los conferencistas y en su espíritu “emprendedor”. De un plumazo, borra diferencias ideológicas, de clase, de dominio entre naciones. Se trata de una versión elitista de la sociedad donde las soluciones serán provistas de forma individual por algunas mentes “lúcidas” que expondrán, en un cálido ambiente teatral, las bellezas y los espantos del mundo moderno. Sus creadores y responsables lo definen del siguiente modo (TEDxRíodelaPlata, 2010-2019):

TED es una organización sin fines de lucro dedicada a las “ideas que vale la pena difundir”. Comenzó como una conferencia de cuatro días en California en 1984 y ha crecido para apoyar a aquellas ideas que intentan cambiar el mundo por medio de distintas iniciativas.

Las dos conferencias anuales de TED invitan a los pensadores y hacedores más importantes del mundo a dar la charla de su vida en no más de 18 minutos. Muchas de estas charlas están disponibles gratuitamente en TED.com. Por TED han pasado algunos oradores como: Bill Gates, Jane Goodall, Elizabeth Gilbert, Sir Richard Branson, Nandan Nilekani, Philippe Starck, Ngozi Okonjo-Iweala, Sal Khan y Daniel Kahneman.

La forma no es una cuestión accesorio; en una clase, o en una conferencia, es parte de lo que se expresa y, por ello, importan tanto la secuencia de palabras y oraciones como el lugar donde se dicen, la manera en la que se enuncian, el tiempo que se les dedica y el imaginario que el orador y los organizadores tienen de quien escucha y al que se le permite –o se le impide– preguntar, objetar o aclarar. TED es una gran plataforma donde, valga como ejemplo, Bill Gates, fundador de la corporación Microsoft, lejos de mostrarse como un magnate del mundo capitalista de posguerra, aparece como un hombre comprometido con el drama de la malaria o el problema de la energía.

Su presencia es más importante que aquello que explícitamente enuncia porque, estando allí, dice que el problema no es el reparto injusto de la riqueza, ni el desembarco de tropas en lejanas geografías, ni la muerte de millones de personas por enfermedades evitables que contraen porque están obligadas a vivir en la peor de las miserias. Gates habla de enfermedades parasitarias, pero desde el lugar del filántropo modelo que dona parte de su más que extensa fortuna –sin duda, la forma predilecta para tener “buena” conciencia–. Su presencia cambia el foco hacia la supuesta relevancia de tener “grandes” ideas, dando vuelo y valor a la vieja meritocracia que justifica todas las inequidades del mundo moderno. Bill Gates representa a aquel tecnócrata que imagina que el actual es el mejor de los mundos posibles.

La organización TED otorga, además, un galardón anual cuyo fundamento se expresa en su página web (TED Conferences, s.f):

El Premio TED nació de las visiones ofrecidas en la Conferencia TED sobre cómo puede ocurrir el cambio en el mundo, una idea a la vez. El Premio TED se otorgó por primera vez en 2005 a Robert Fischell (que deseaba nuevas curas para los trastornos cerebrales), Edward Burtynsky (que deseaba una conversación global sobre sostenibilidad) y Bono (que deseaba un movimiento social de activismo para África). En los años posteriores, el Premio TED fue otorgado a una diversa

Num. 02, – ISSN 2683-7129 (en línea)

lista de líderes, desde el autor Dave Eggers a la oceanógrafa Sylvia Earle, a la arqueóloga espacial Sarah Parcak y al visionario de la atención médica Raj Panjabi. Los deseos del Premio TED ayudaron a combatir la pobreza, abrir el diálogo sobre la intolerancia religiosa, inspirar el arte en 150 países e imaginar el futuro de la educación.

El premio TED nos permite desenmascarar de manera definitiva el espectáculo, lejos del supuesto compromiso con el pensamiento que se declama, de estos encuentros ecuménicos de “ideas”. En 2007, lo ganó Bill Clinton. Le dio la oportunidad de expresar, en una conferencia, su deseo de cambiar el mundo. Planteo absurdo para cualquiera, es doblemente absurdo para quien fuera presidente de Estados Unidos. Pero así se juega el juego de la “bondad” humana.

Maestros

TED es un ejemplo importante de la ignorancia que se oculta en el show del conocimiento; también es una “acción” que no podemos omitir por el financiamiento privado que logra, por la ideología que lo sustenta y por la extensión geográfica que alcanza. Además, a su favor, TED porta la virtud de obligarnos, bajo su autoritario formato de “hablar” durante dieciocho minutos sin preguntas ni cuestionamientos, a pensar en el lugar del maestro. Regresemos, entonces, al texto de Gusdorf para considerar la siguiente reflexión:

De acuerdo con los lectores rusos de la obra maestra de Tolstoi, *Guerra y paz*, la clave de la novela se encuentra contenida en un breve episodio que corre el riesgo de escapar a un lector desprevenido. El héroe del libro, el príncipe Pierre Bezukhov, inquieto e insatisfecho, siempre en busca del sentido de su vida, se encuentra, durante la ocupación de Moscú por el ejército de Napoleón, arrojado en una prisión donde los conquistadores han hacinado a todo tipo de sospechosos. En medio de las miserias del universo concentracionario, Pierre conoce a un soldado muy humilde, de origen campesino, llamado Platón Karataiev. Es un hombre tosco, un iletrado, cuya vida está centrada sobre sí misma y que se contenta con enfrentar con corazón justo las vicisitudes de la fortuna. Está completamente impregnado de sabiduría popular, hecha de proverbios, de refranes, de tradiciones campesinas y de citas religiosas.

Su sencillez, su constante simplicidad, todas sus humildes cualidades imperceptibles que se manifiestan apaciblemente en el claroscuro de la prisión, son para el príncipe Pierre la revelación de ese secreto de la vida que había estado buscando en vano durante muchos años. Platón Karataiev morirá pronto, tan oscuramente como había vivido, abatido al borde de la carretera porque no podía seguir la columna de prisioneros en retirada. Pero seguirá vivo en la fidelidad de Pierre Bezukhov, no solo porque encarna la paciencia milenaria y las virtudes del pueblo ruso, sino también porque ha sido para él, en el tiempo trágico del universo concentracionario, el modelo y el ejemplo de la verdadera maestría humana: la paz del espíritu y del corazón a pesar de la inhumanidad de la guerra. Y, efectivamente, el pobre Platocha mismo no dudaba de esa maestría que era la suya, a contracorriente de todas las jerarquías sociales e intelectuales; y, sin duda, Pierre no comprendió de inmediato el sentido decisivo de la lección que se la había dado de este modo. Pero ese diálogo incoherente y pronto interrumpido no hace sino poner de manifiesto el sentido de la maestría: es esa acción de presencia que, tras una desorientación más o menos larga, conduce a la reorientación del ser personal: estaba en el error, estaba en la errancia, y no lo sabía, o lo sabía; ha aparecido el maestro que me ha vencido y convencido. Su testimonio esencial no concierne a un saber, ni a un saber hacer. El maestro es porque su vida tiene un sentido, enseña la posibilidad de existir. Y también yo, yo soy un ser humano; lo soy, quiero serlo... Mi vida se justifica; debo justificar mi vida. Y, ya que debo, puedo. (2019, pp. 152-153)

Lejos del monólogo de las charlas TED, lejos de los espejismos tecnológicos, la enseñanza es diálogo entre maestros y discípulos, tal como ocurre con Karataiev y Bezukhov. Es un diálogo profundo, a partir de los detalles de tal o cual conocimiento particular, sobre los sentidos de la existencia de los seres humanos.

Referencias

- Gusdorf, G. (2019). *¿Para qué profesores? Por una pedagogía de la pedagogía*. Buenos Aires: Miño y Dávila. (Primera edición: 1963).
- Morozov, E. (2016). *La locura del solucionismo tecnológico*. Buenos Aires: Katz.
- Postman, N. (1991). *Divertirse hasta morir: El discurso público en la era del «show business»*. Barcelona: Ediciones de la Tempestad. (Primera edición: 1985)
- TED Conferences (s.f). TED Prize. Recuperado de <https://www.ted.com/about/programs-initiatives/ted-prize> [Consultado el 22 de julio de 2019].
- TEDxRíodelaPlata (2010-2019). Acerca de TED. Recuperado de <https://www.tedxriodelaplata.org/%C2%BFqu%C3%A9-es-ted> [Consultado el 22 de julio de 2019].

Revista Scholé. (2019). Charlas TED. Revista Scholé 2019 (2), sección Contrapuntos. Recuperado de schole.isep-cba.edu.ar/charlas-ted/

